

F 1233
S2
V.3 N
\$ 1590
592
-6-

Núm. A.
Núm. Ad.
Proceden.
Precio
Fecha
Clasificación
Catalogo

64

ES PROPIEDAD.
Queda hecho el depósito que
previene la ley.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta y Litografía de Henrich y C.ª — Barcelona, Calle de Córcega, 348



PORFIRIO DÍAZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Entre amigos

PARA Pancho vino á ser pamema pura lo de la prisión después del sitio: con su migajita de francés, su ángel, su buena suerte y su amistad con Mr. Campardon, se fué bandeando sin llegar á sufrir un instante los horribles tratamientos que aguardaba.

Era Campardon uno de los innumerables franceses que miraban con disgusto la presencia de sus paisanos entre nosotros. Aquello que contaban allende de extranjeros fritos en manteca, asesinados, secuestrados, martirizados y hechos polvo por la inquina de Juárez y los suyos, cau-

Tomo III. — 2

000592

saba aquí más risa que un cuento obscuro de autor chistoso. ¿Riesgos? Sí que los había. ¿Exacciones? Era claro



que tenían que soportarse. ¿Trabajos? Grandes y gordos. Pero, en cambio, ¡qué brevas las que se lograban! ¡qué oportunidades las que se aprovechaban de hacer fortuna! ¡qué dinerales los que se acumulaban, ya emprendiendo negocios turbios, ya contratando con el Gobierno, ya casándose con las herederas ricas ó con las viudas acaudaladas!

Pero Campardon hacía á mal tiempo buena cara, y deseándolo ó no, se dejaba proteger por sus paisanos. El primero con quien se topó fué un tal Récal, viejo soldado del tercero de zuavos, que llevaba al brazo no sé cuántas cintas que indicaban sus servicios en Crimea, Italia, China y Argel. Era turenés como Campardon, y fué quien llevó al subte-

niente Chastel — François Chastel — veinticinco años, buena cara, ascenso rápido, fatuidad inmensa y cicatriz en la mejilla derecha.

El día diez y nueve de Mayo, al llegar Francisco á la calle de Misieses, se sintió cortado oyendo voces y jácara, y como pensara que los del escándalo eran franceses, echó pie atrás figurándose que nadie le veía; mas la güera, Nicole, que le espiaba desde una ventana que caía al patiecillo, le gritó con sorna:

— No te escapes, hombre, que al fin no comen gente.

Alzó Pancho el rostro, y dijo entre furioso y sorprendido:

— Vengo de prisa, y como tú... digo, tu papá... está ocupado...

— ¡Qué ocupados hemos de estar, Pancho!... Pasa á lo barrido y toma una copita, que es justo te alegres un día en el año...

— No puedo, declaró el capitancillo, tratando de marcharse: me espera el general, y...

— ¡Qué general ni qué niño muerto! exclamó la francesa, que de dos saltos se había puesto en el extremo de la escalera. No seas pajón, que nada te ha de suceder... Arriba...

Subió de mala gana el oficial, y en el espacioso salón de la casa vió á un soldado como de cincuenta años, mo-

reno, cejas y barbas negrísimas y espesas, cara feroz y gesto de perdonavidas. Tenía la *calotte* puesta hacia atrás, un pie posado en el poyo de la ventana, y copa en mano, cantaba con buena voz el estribillo de una canción de cuartel:

Soyons amis, Nicole...

Parecía un soldado de ópera cómica, por más que los soldados de ópera cómica no parezcan sino soldados franceses.

Suspendió el cantor su chabacana cancioncilla y con la gorra en la mano se dirigió al avergonzadísimo Pancho. Como pudo se le ofreció éste su servidor y amigo, y entonces vió que al lado de la otra de las Campardon estaba el arriscado y guapo Chastel, que apenas se inclinó con aire de superioridad cuando le presentaron al capitán Olivos, del ejército mexicano y ayudante del general Díaz.

Campardon, que estaba lleno de noble condescendencia y de urbana seriedad, como castellano que era de aquel castillo, rompió á hablar tarda y pausadamente mientras se acariciaba con una mano la enorme tripa y con la otra contaba los pelos del rojo y cerdoso bigote.

— Sean ustedes amigos, murmuró, que al fin los amigos tienen que ser amigos de los amigos, y los enemigos que ser amigos, que es la verdadera amistad de los amigos.

De mal talante chocaron las manos los dos muchachos;

pero como si hubiera sido hecho adrede, uno y otro fueron á sentarse á la vera de la tímida y dulce Violette, que se encontró tan perpleja entre los dos galanes como el asno de Buridán entre los dos piensos. Mas no había miedo de que la chica se muriera de hambre como el pollino, pues mujer y francesa sabría elegir lo que más le conviniera sin sentir cortedad, timidez ni apocamiento indignos de su raza y de su sexo.

Pero por entonces no hubo lugar á pugnas amorosas: los soldados franceses que andaban por las calles oyeron gritos, canciones y jolgorio en la vivienda de los habitantes de la calle de Misieses y no tardaron en penetrar á la casa de Campardon turcos de calzones azules, artilleros con polainas blancas, cazadores con botas charoladas, soldados de línea con levitones de paño basto y hasta oficiales con cordones y medallas: toda la lira.

El franchute hizo una seña á las chicas y éstas desaparecieron como por escotillón, quedando solos los hombres, que bebían aguardiente y coñac con una priesa que parecía iban á acabarse sin remedio todos los espirituosos del mundo.

El tema de las conversaciones era la negativa de los prisioneros mexicanos para subscribir la protesta de adhesión á los vencedores.

— ¡Es una villanía! bramaba un cazador de quepis con llorona verde y chaquetín con más cordones y alamares

que los que se necesitarían para engalanar á un regimiento.

— ¡Es una villanía! repitió un mozalbete que llevaba el turbante blanco de los músicos zuavos.

— Perdonadme, teniente Carlier, y vos también, músico mayor Etienne... Perdonadme, pero creo que no estáis en lo justo llamando villanía al proceder de los mexicanos, exclamó Récal limpiándose la boca con el envés de la mano é interrumpiendo el estribillo de la *Mère Godichon*... Se han defendido valientemente, han caído como buenos y ahora se nos entregan sin pedir gracia, sin imponer condiciones, sin decir palabra... Eso, teniente Carlier, eso, músico mayor Etienne, no es vulgar, ni es villano, ni es cobarde: es un hermoso gesto que deben imitar todos los soldados del mundo.

— ¡No, no, gritaron á coro; debieron firmar, debieron ponerse á nuestras órdenes!

— Esa conclusión del sitio no está estipulada en los tratados de guerra.

— Es contra todos los usos.

— Es una picardía.

— Es una infamia.

— No había de ser en México donde aprendiéramos cómo concluyen los sitios.

— Yo estuve en Sebastopol.

— Yo en Isly.



— Señores, dijo en su francés macarrónico, ustedes se olvidan quizás...

— Yo en San Martino.

— Yo sé cómo se rinden las guarniciones.

— Mi tío, el viejo Nicot, estuvo en Zaragoza y presencié cómo capitularon aquellos bravos.

— Señores, exclamó Pancho trepándose en un poyo del balcón y escalando una silla, ¿se permite á un oficial mexicano defender á sus jefes y á su ejército?

El muchacho tenía los carrillos encendidos y los ojos brillantes, y gritaba con un vozarrón tan gordo y descompuesto que al fin consiguió que todos callaran por un instante.

— Señores, dijo en su francés macarrónico, ustedes se olvidaban quizás de que se hallaba presente un oficial mexicano; de otra manera — lo sé bien — no habrían dicho esas cosas que hieren hondamente á un vencido, á un enemigo de ayer, á un hombre que les hizo la guerra con todas sus fuerzas y que ahora se halla maniatado y á merced de ustedes... No serían franceses si hicieran otra cosa.

— ¡Sí, sí, tiene razón! gritó un mozo barbiponiente y que tenía en la linda cara un chirlo de catorce puntos.

— ¡Tiene razón! exclamaron todos á voz en grito.

— Nosotros hemos procurado ganar, hemos puesto de nuestra parte cuanto podíamos y cuanto no podíamos para obtener el triunfo; nadie dirá que hemos sido cobardes...

— ¡No, no, cobardes no!

— ¡Valientes, muy valientes! dijo en español el de la cicatriz.

— Pues bien, á la nación que nos entregó sus armas, al ejército que nos ha combatido, al pueblo que depositaba sus esperanzas en nosotros, al mundo entero que nos contemplaba, le decimos: «hemos procurado obtener la victoria haciendo cuanto podíamos hacer humanamente; nada podemos para evitar la derrota... estamos agotados, sin fuerzas, sin recursos... Nos entregamos sin condiciones, sin pedir nada, sin solicitar honores... No queremos saber si el vencedor es hidalgo, generoso, ruin, bellaco, noble ó infame: no sabemos sino que es el vencedor... que obre con nosotros á su antojo; que nos guarde prisioneros, que nos corte la cabeza, que nos ahorque, que nos mande al destierro, á la bartolina ó al sepulcro: es el vencedor».

— ¡Bien, bien por el oficialito! gritaron todos á una.

— ¡Qué pico de oro tiene el condenado! confirmó el viejo Récal bebiéndose un púlpito de aguardiente. Y luego para sí: — ¡Caramba si raspa el aguardientillo! La caña de azúcar está patente y sin disfraces.

— ¿Que destruimos las armas? Pero si la nación nos las había dado para eso, para defenderlas ó para despedazarlas, no para cederlas al vencedor... Yo no sé si será tal cosa lo que manden ó lo que prohiban las ordenanzas europeas; sé sólo que es lo que indica el instinto de la propia defensa...

— ¡Bien dicho!

— ¡Bien hablado!

— Y si las ordenanzas determinan cosa contraria á lo qué hicimos nosotros, nada importa: las ordenanzas no son el decálogo ni la ley de la gravedad: pueden reformarse, si acaso nuestro procedimiento es mejor que el que se ha practicado... y Cristo con todos...

Maravillado se sentía el capitán de oirse hablar tan elocuentemente, y más maravillado de hablar en lengua extraña, y muchísimo más suspenso al sentir que le sobraba en el interior bastimento para decir cincuenta oraciones más en todas las lenguas del mundo.

— Tiene razón...

— Está en lo justo...

— Sobre todo, que nosotros no debemos insultar á un vencido.

— A un valiente.

— A un valiente que está entre nosotros.

— Que es nuestro huésped.

Y con esa facilidad que tienen las multitudes para impresionarse en pro ó en contra de una idea, todo el mundo dió en abrazar á Pancho, lanzando vivas á México y á los rendidos de Puebla.

— Vas á beber otra copa por Francia.

— Por México.

— Por Francia, protectora de México.

— Protectora no, gritó el muchacho con la copa en la mano y con una lucecita de lirismo y de vaguedad en los ojos, protectora no, sino aliada, hermana, amiga, nosotros amamos á Francia como á nuestra propia tierra: de ella aprendimos la libertad, el amor á las cosas altas, buenas y nobles... Ella es nuestra madre, nuestra guía, nuestro estandarte; su ejército ha sido siempre nuestro modelo, su historia el patrón de la nuestra, sus hombres y sus cosas la adoración de nuestros entendimientos...

— ¡Viva, viva el muchacho!

— ¡Qué bien habla!...

— ¡Si lo dije! exclamó Récal atusándose el bigote.

— ¡Venga un abrazo, compañero! gritó el guapo Chastel.

— Hoy es la presa de un déspota, de un tirano, de un infame que la oprime...

— ¡Mentira! interrumpió Chastel alzando la mano contra Olivos, que cogió el brazo en el aire é iba á contestar por los propios consonantes.

— Lleva razón...

— ¡Napoleón es un infame!

— ¡Napoleón es el soberano de nuestro país!

— ¡Muera Badinguet!

— ¡Viva el Emperador!

— Señores, exclamó el casero considerando que no le convenía que salieran de su casa aquellas voces; no hay que indignarse ni que tomarlo por donde quema: aquí no

somos partidarios de nadie, sino amigos que se han reunido á charlar con sus amigos; y siendo amigos todos, no tenemos que discrepar de nuestros amigos... Dense un abrazo los amigos y que no se hable más de las cosas que puedan disgustar á los amigos.

Y tras la florida arenga echó uno en brazos del otro á Chastel y á Olivos, que no se hicieron de rogar mucho para darse estrecho apretón.

— ¡Bien, bien! gritó el ilustre senado.

— ¡Viva la fraternidad!

— ¡Que reine la armonía!

Y el gigantesco Récal, trepándose en el poyo, raspó, gargajeó, escupió, miró un rato al suelo, y al fin, con la *calotte* como estandarte, rompió á cantar:

Les zouaves ne sont que des chacals,

que corearon todos los asistentes.

Cuando concluyó la canción, Olivos estaba rojo, congestionado, con las narices al aire, el pelo hirsuto y la voz tomada de lágrimas. No sabía por qué le causaba horrible tristeza aquella cancioncilla que olía á aduar del desierto, á tribus pintorescas que corrían por la inmensa extensión arenosa con la espingarda al aire y oprimiendo los ijares de los veloces caballos árabes.

Siguieron los asistentes cantando la canción y redoblando los gritos al llegar al insípido retornelo; pero

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pancho ya no veía ni oía nada. Estaba boca-arriba en una cama que había encontrado en el cuarto, sintiéndose lleno de una inmensa beatitud y sin mirar á aquellos locos, que hacían cabriolas, se movían, daban vueltas y gritaban mil cosas raras que el muchacho no llegaba á entender.

- ¡Afuera, afuera! gritaron varios.
- ¡Sí, á la calle, conoceremos á Puebla la arrogante!
- ¡A San Javier!
- ¡A Santa Inés!
- ¡A Totimehuacán!

Y salieron á la calle, unos dando tumbos y traspiés, otros sosteniéndose enhiestos y firmes, otros preocupándose por marchar por una línea determinada de losas, y todos dicharacheros, alegres, cantadores y felices.

Pero precisamente la determinación que de salir habían tomado demostraba cuán mal regían los cerebros de los militares y sus amigos. Era ya de noche; la mayor parte de los presentes no conocía á Puebla y uno tras otro fueron trastabillando por aquellas calles desempedradas, por aquellos edificios hechos trizas, por aquellas inmensas horadaciones, dédalos infinitos en que no bastaban todos los hilos del mundo para orientarse.

- ¡Caramba, ya me rompí una pata! gritaba uno.
- ¿Quién cayó? preguntaba otro.
- Por aquí, por aquí, no hay que meterse en el foso...

Rodeen la trinchera... Aquí se salta... ¡Upa!... Bien; ya cayó en terreno firme.



Olivos caminaba cogido del brazo del gallardo Chastel, hablando no sé qué cosas que ni ellos mismos lograban entender.

— Figúrate á Auza metido entre los paredones... El cañón francés estaba abocado aquí... Yo tiré del general